

ARTÍCULO ORIGINAL

Los latinos y las elecciones en Estados Unidos: la nueva manzana de la discordia

Hispanics and U. S. Elections: the New Bone of Contention

Ernesto Domínguez López,¹ Carlos Akira de la Puente, Seida Barrera Rodríguez²

Centro de Estudios Hemisféricos y Sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana, Cuba.

Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), Cuba.

RESUMEN

Las minorías étnicas se han convertido en el tema más publicitado dentro de la política doméstica estadounidense actual. Las diferencias visibles y el bajo nivel de asimilación de muchas de ellas, derivadas de flujos migratorios recientes, han generado líneas de ruptura en torno a las cuales se articulan muchas de las campañas y contradicciones políticas en ese escenario. Entre esos grupos, los llamados hispanos o latinos forman la más importante y debatida de las minorías. Por sus características, dinámicas y rápido crecimiento, su influencia dentro de la sociedad y el sistema político tienden a incrementarse. Las elecciones presidenciales de 2012 demostraron que ya son un factor clave, teniendo en cuenta las peculiaridades del sistema estadounidense. Por ese motivo, la captación de ese electorado se convierte en prioridad para el futuro inmediato de los principales partidos de ese país.

PALABRAS CLAVE: hispanos, minorías, sistema electoral, sistema político.

ABSTRACT

Ethnic minorities have become the most publicized topic in the current North American domestic policy. The evident differences, and the low level of assimilation of many of them, derived from the recent migration flows, have generated breaking lines around which many of the political campaigns and contradictions in such scenario are articulated. Among those groups, the so-called Hispanics, or Latinos, are the most important and debated of all minorities. Their influence within the society and the political system tend to increase, due to their characteristics, dynamics, and fast growth. Presidential elections of 2012 showed that they are already a key factor, regarding the peculiarities of the North American system. Consequently, the recruitment of such electorates becomes a priority for the immediate future of the main parties in the country.

KEYWORDS: hispanics, minorities, electoral system, political system

Las elecciones de 2012 en Estados Unidos, entre otros muchos aspectos de interés, resultaron una especie de experimento en tiempo real para probar la persistencia de algunas tendencias que se habían manifestado en procesos anteriores, especialmente en la convocatoria de 2008. Entre los

diversos temas a observar, uno mereció y merece particular atención: el papel desempeñado por las comunidades agrupadas bajo la denominación de hispanos.

Obviamente, los resultados electorales están condicionados por una amplia diversidad de factores. Entre ellos se encuentran, por ejemplo, las pertenencias de clase, el impacto del comportamiento de la economía y la percepción que tengan los ciudadanos de sus propios intereses y de la relación de estos con las propuestas de los candidatos a las distintas oficinas. Sin embargo, el factor que más visibilidad ha alcanzado en los últimos años es el demográfico, al punto de que la solución al problema que este plantea –para el reacomodo del sistema a la realidad que se ha estado conformando– se ha convertido en uno de los pivotes para el futuro del sistema político estadounidense.

En este texto, nos proponemos sintetizar algunas de las dimensiones fundamentales de la evolución más reciente de ese sector de la población estadounidense y su repercusión sobre la dinámica electoral a nivel federal, particularmente en la elección presidencial. En este sentido, resulta importante el impacto efectivo del voto latino sobre el resultado de la carrera por la Casa Blanca y, a partir de ahí, la tasación que se puede hacer del valor de ese sector para los estrategas de campaña en el futuro mediato e inmediato.

Los latinos en el camino de un país sin mayorías

Probablemente, lo más llamativo dentro de la evolución demográfica de Estados Unidos sea la transformación de su composición étnica, sobre todo en su etapa más reciente. La imagen tradicional del estadounidense, el arquetipo de ciudadano si se quiere, es por supuesto el WASP: blanco, anglosajón y protestante –en inglés: *White, Anglo-Saxon and Protestant*–. La historia de la formación de esa nación permitió la consolidación de esa imagen, la cual incluye la división entre la población blanca de origen europeo, las comunidades indígenas y la población negra –en el lenguaje común del estadounidense no se diferencian negros y mestizos, aunque existe el vocablo, claramente importado, *mulatto*–, con la condición subordinada de los últimos y una posición que varió de la relativa cooperación al conflicto abierto y la posterior marginación de los segundos. Dentro del concepto de WASP se incluyeron grupos de europeos –y sus descendientes– que no son precisamente anglosajones, como los neerlandeses de la antigua Nueva Ámsterdam, hoy New York, o los componentes de algunas inmigraciones posteriores.

Sin embargo, la realidad de los distintos períodos históricos presenta variaciones con respecto a esa construcción ideal. La presencia de una multiplicidad de grupos no WASP, y las diferenciaciones al interior de los que sí pudieran ser considerados como tales, generan una diversidad mucho mayor. A la vez, el abordaje de este tema enfrenta otro problema: la definición de las distintas categorías étnicas para el estudio de los problemas demográficos. Las instituciones oficiales estadounidenses, en especial la Oficina del Censo, utilizan dos criterios diferentes que se superponen: raza y origen.

El primero de ellos tiene una larga historia y una enorme carga de prejuicios de distinta índole, expresados en los más diversos grupos sociales. Incluso, sin tomar en cuenta la insostenibilidad de la dimensión biológica del concepto raza –asumiendo que sea considerada válida en el escenario estadounidense–, las definiciones utilizadas por la autoridad censal son intrínsecamente débiles. Para ser exactos, introducen un factor de origen geográfico que, aunque asociado con el *constructo* racial, produce distorsiones importantes, aun dentro de sus marcos de definición.

Por ejemplo, de acuerdo a lo establecido oficialmente, blanca se considera a aquella persona que tiene sus orígenes en Europa, África del Norte o el Medio Oriente. Por tanto, blanco es todo aquel

que así se declare o que afirme tener origen en algunos de los países comprendidos en esas regiones. Negros o afroamericanos son los que tienen orígenes en el África Subsahariana –con la excepción de las comunidades blancas del África Meridional–; también se les considera así a los que declaren esa pertenencia racial o tener orígenes en los países africanos o Haití. Asiáticos son los que provienen o descienden de personas provenientes del Asia Oriental, el Sudeste Asiático y el subcontinente indio.

.La categoría nativo americano o nativo de Alaska la forman las personas identificadas con las diversas comunidades indígenas –también conocidas como pueblos originarios– de todas las Américas. Aún queda otra clasificación, que se reserva para los nativos de las islas del Pacífico, así como para sus descendientes.

Por otra parte, oficialmente la noción de origen se reserva para los llamados hispanos, que constituyen una categoría que no se agrega a las anteriores. Estos son un grupo diferente, multirracial en sí mismo. Incluye a todos los que se identifiquen como hispanos, latinos o españoles, o que señalen provenir de países latinoamericanos o de España.² En realidad, no hay una diferencia esencial en la manera de definir estas categorías. Se trata más bien de un ajuste en la metodología de trabajo a partir de la necesidad de contabilizar la población latinoamericana sobre todo, lo que abre el espacio para superposiciones y diferencias importantes.

En cualquier caso, esta manera de censar, que utiliza el sistema de las encuestas con cuestionarios de opción múltiple, tiene la peculiaridad de actuar sobre las líneas de fractura dentro de la sociedad estadounidense; de esta forma le otorga un mecanismo adicional para la reafirmación de las diferencias y la consolidación de comunidades más o menos separadas. Precisamente por este motivo, es decir, por las debilidades del proceso de asimilación en esa sociedad, consideramos que las cifras que se publican tienen el valor de expresar en un grado significativo la existencia de diversas identidades y redes. Estas generan formas diferenciadas de interactuar con los subsistemas que conforman el sistema de cultura estadounidense, en nuestro caso concreto, con el sistema político y su componente electoral.

La información con la que contamos está estructurada de esta forma, de manera que, en la medida de lo posible, utilizamos los datos oficiales en su forma más pura –tomando las necesarias precauciones a la hora de interpretarlos–. Además, nos concentramos en los grupos no combinados, pues los otros, obviamente mestizos, tienen subdivisiones demasiado numerosas, a partir del predominio real o supuesto de una u otra raza y las múltiples combinaciones posibles.

Una lectura inicial de los datos demográficos oficiales publicados dibuja un cuadro con claro predominio de los llamados blancos, pues, a pesar de la reducción relativa, seguían siendo casi tres cuartas partes de la población estadounidense. Según los datos del censo de 2010, la población blanca representaba el 72,4 % del total nacional. El resto, es decir, los demás grupos raciales y sus combinaciones, tomados de conjunto, son poco más de un cuarto. La tasa de crecimiento interdecenal, respecto a censo de 2000, fue de 5,7 %.³ Esta cifra es inferior a la media global, que fue 9,7 %⁴ y explica la reducción relativa de la población blanca, que fue de 2,7 puntos entre 2000 y 2010.⁵ No obstante, el predominio de esa franja de población, en términos numéricos, aparentemente tenderá a mantenerse sin demasiados contratiempos por un tiempo todavía prolongado.

Semejante cuadro cambia cuando incluimos el componente que falta: los llamados hispanos. Ya comentábamos la peculiaridad de esta categoría, que se considera oficialmente una etnicidad y no una raza, lo cual obliga a tratarla aparte. Los censos anteriores a la segunda mitad del siglo xx no

incluían a los hispanos de manera separada, lo cual no solo se debe al menor desarrollo de los instrumentos y métodos de los demógrafos, sino –como sucede también con los asiáticos–, a que la presencia de latinoamericanos y sus descendientes –la masa fundamental dentro del grupo– emergió como un fenómeno social de importancia en fechas más recientes.

El último censo determinó la presencia de un total de 50 477 594 de hispanos, equivalentes al 16,3 % de la población total. Estas son cifras muy importantes, en especial si vemos que en el censo de 2000 se habían registrado 35 305 818, lo cual era el 12,5 % del global. Ello equivale a un impresionante 43 % de crecimiento intercensal. Quizás lo más evidente de ese comportamiento es que ellos fueron la causa fundamental del crecimiento de la población general, pues el conjunto de los no hispanos aumentó en solo 4,9 % en ese decenio.⁶ Como resultado de esa tendencia, los hispanos se consolidaron como la mayor de las minorías étnicas reconocidas en Estados Unidos. La actualización posterior de esos datos debe darle incluso un peso mayor.

Tales números encierran otro factor muy importante: la gran diversidad y complejidad de esa población. Dentro de ella podemos encontrar la mayoría de las categorías de tipo racial de las que hemos hablado, incluyendo todas las principales. Por otra parte, entre esos más de 50 millones se contaban personas oriundas o descendientes de inmigrantes procedentes de diferentes países: en primer lugar, mexicanos (31 798 258, el 63 % del total), seguidos por puertorriqueños (9,2 %), cubanos (3,5 %), salvadoreños (3,3 %) y dominicanos (2,8 %) como las comunidades más grandes. Todas estas tienen un rápido crecimiento, en especial las dos últimas (151,7 % y 84,9 %, respectivamente, en 2000-2010). Los mexicanos, a pesar de su altísimo número, crecieron en un 54,1 % en ese decenio. La mayor tasa de crecimiento fue la de los españoles, con un 534,4 %.⁷ Los impactos del deterioro de la situación económica española han constituido un impulso para ese flujo en los últimos años incluidos en el censo, aunque ese incremento es de más larga data, estimulado por las facilidades otorgadas a los ciudadanos europeos.

Para tener una idea algo más completa de la importancia demográfica de los hispanos, los que de ellos se definen como blancos representaban en 2010 el 8,7 % de la población total (12 % de los blancos), lo cual reduce el total de los blancos no hispanos al 63,7 %. Más importante aún, los blancos hispanos crecieron en un 58,1 % en 2000-2010, mientras que el resto lo hizo solo para el 1,2 %.⁸ De tal manera, los primeros representaron el 74 % del crecimiento total de esta franja, con la inclusión de los mestizos que se contabilizan asociados con ella (*White in combination*). Por tanto, las diversas minorías, que comprenden a todos los hispanos, representan 36,3 % de los residentes en Estados Unidos.

En otro nivel, la distribución geográfica de esas comunidades es un dato de singular importancia para comprender algunas de las tendencias del discurso y las campañas políticas que se han verificado en los últimos años. Los estados con mayor presencia de hispanos en 2010, todos con más del 20 % de la población, eran New Mexico (46,3 %), Texas (37,6 %), California (37,6 %), Arizona (29,6 %), Nevada (26,5 %), Florida (22,5 %) y Colorado (20,7 %).⁹ En este listado encontramos los tres estados con mayor cantidad de votos electorales¹⁰ y cuatro estados pendulares¹¹ de 2012. Sin establecer una relación inmediata entre estos datos y las poblaciones electorales –las cifras se refieren al total de hispanos censados, sin importar su estatus civil–, sin dudas se trata de una serie de territorios con gran peso dentro del sistema electoral, teniendo en cuenta las peculiaridades de este último.

Además de la «fotografía», las proyecciones de la Oficina del Censo muestran una clara tendencia a la continuidad de la transformación de la composición étnica. Según publicaciones recientes, se estima que hacia el año 2025 la población blanca alcance su pico y comience a descender en términos

absolutos; con ello alcanzará por primera vez tasas negativas globales después de un largo período de estancamiento. Ya para el año 2045 se espera que constituyan menos de la mitad de la población total, también por primera vez en la historia. Los hispanos se proyectan como el componente más dinámico de la población estadounidense en las próximas décadas, pues se estima que hacia 2060 alcanzarán y sobrepasarán el 30 %, tras multiplicarse dos veces y cuarto desde 2015.¹² Por supuesto, estas predicciones estarán sujetas a continuas revisiones, a partir de extrapolaciones de tendencias que no incluyen variaciones futuras en las condiciones del proceso de crecimiento demográfico. Pero de lo que no caben muchas dudas es de la reconfiguración del panorama étnico de Estados Unidos, y por consiguiente, del aumento de la presión que ya se está ejerciendo sobre la composición de la clase política, del discurso político y de las estrategias partidistas e individuales en el *marketing* político.

Sobre las migraciones

Tales comportamientos no son explicables sin hablar lo que puede ser considerado un «demonio imprescindible»: la inmigración. Estados Unidos se construyó a partir de sucesivos movimientos migratorios tempranos, asociados a la colonización europea y a la adquisición de fuerza de trabajo esclava en África. Estos generaron marcos referenciales dentro de los cuales se constituyeron los referentes identitarios de lo que llegaría a ser ese complejo constructo que es la nación estadounidense, algunos de cuyos rasgos fundamentales comentábamos anteriormente. Y la inmigración posterior fue parte integrante de todo el vasto proceso de expansión territorial y asimilación del enorme espacio conquistado. De manera que la idea de un prototipo real estable del estadounidense es poco menos que absurda, si consideramos la continua variación de sus componentes primarios en la práctica, aunque las temporalidades de los imaginarios y de la estructura sociodemográfica son diferentes.

Por otra parte, esos flujos inmigratorios han variado a lo largo de la historia de manera significativa, en la medida en que las fuentes de población de las cuales surgieron fueron cambiando en sus condiciones y, por tanto, en sus comportamientos. Durante más de siglo y medio, las principales fuentes fueron los países europeos. Por ejemplo, entre 1846 y 1932 ingresaron en Estados Unidos más de 32 millones de personas del viejo continente, fundamentalmente británicos –incluyendo irlandeses–, italianos, austrohúngaros, alemanes, rusos y suecos.¹³

Los datos históricos reportados por la Oficina de Servicios Migratorios se refieren a los inmigrantes que recibieron el permiso de residencia, por lo cual existe una amplia capa de personas en condición irregular (indocumentados) que no son recogidos en estas cifras, y cuyo número total es difícil de determinar. Para la mayoría de estos inmigrantes, un intento de regularizar su condición puede implicar la deportación, por lo cual eluden esos procedimientos. No obstante, como lo que nos interesa son las tendencias, consideramos que los datos de que disponemos son lo bastante claros en este sentido. Además, los que se encuentran en situación legal pueden transformarse en ciudadanos y potencialmente ser electores o hasta candidatos a cargos públicos. Por tanto, son los que pueden tener una incidencia directa sobre el sistema político; los restantes interactúan con el sistema, pero de manera indirecta.

El volumen de personas que obtuvieron el estatus de residentes legales permanentes se mantuvo en cifras altas durante décadas, con tendencia general a incrementarse. Pero en el período 1917-1945 experimentó grandes fluctuaciones, con una tendencia general a la baja, a partir del efecto de la participación de Estados Unidos en las dos guerras mundiales, las primeras restricciones a la inmigración y la crisis de los años treinta. Con posterioridad a la última contienda bélica, la curva descrita por este indicador muestra un crecimiento muy significativo y sostenido, en términos absolutos (figura 1). La información se refiere a décadas, de manera que en las accisas se colocaron

los años iniciales de cada una de ellas; por ejemplo, 1960 se refiere al período 1960-1969.

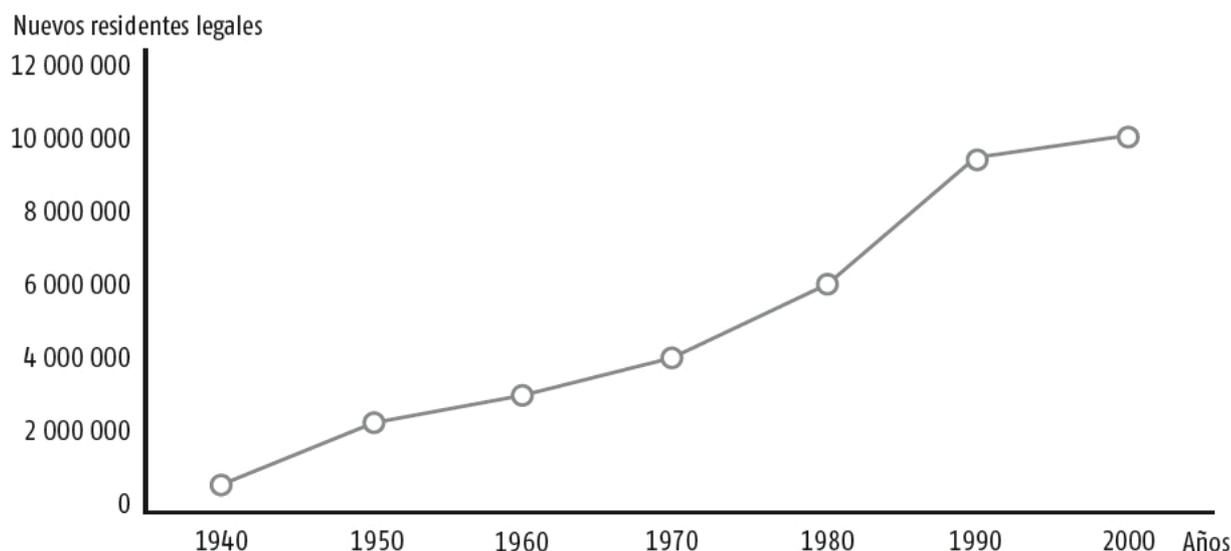


Figura 1. Nuevos residentes legales.

Fuente: Elaborado por los autores con la información tomada de *Yearbook of Immigration Statistics: 2011*, p. 5.

Durante todo el período previo a la Segunda Guerra Mundial se mantuvo el amplio predominio de europeos en la masa de nuevos inmigrantes. Su punto máximo se produjo en la década 1890-1899, cuando representaron el 96,8 % del total de nuevos residentes legales permanentes. Posteriormente, esa proporción comenzó a disminuir continuamente, pero se mantuvo en niveles elevados –siempre por encima del 50 %–, hasta el decenio 1950-1959.¹⁴ A partir de ese momento comenzó su desplazamiento por otras regiones emisoras de emigrantes, significativamente diferentes en muchos aspectos, entre los que se incluyen aquellos que se definen como raciales en el imaginario y las definiciones formales estadounidenses. En particular son de interés los flujos provenientes de América y Asia, como se aprecia en la figura 2.

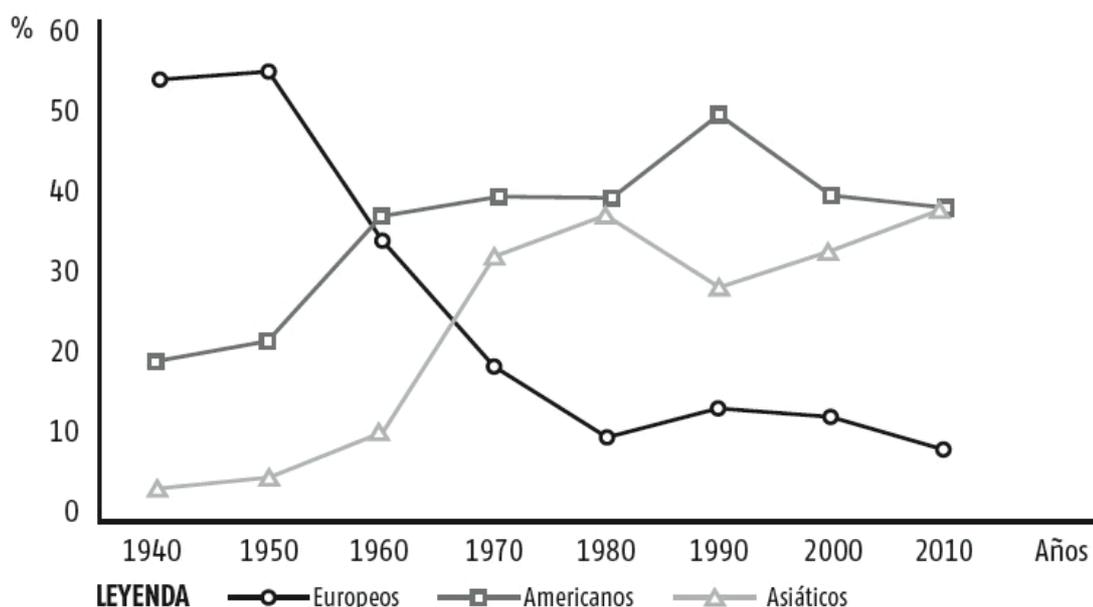


Figura 2. Composición de los nuevos residentes legales.

Fuente: Elaborado por los autores con la información tomada de *Yearbook of Immigration Statistics: 2011*, pp. 6-11.

Respecto a la figura 2, son necesarias algunas precisiones. En primer lugar, 2010 se refiere a ese año solamente, pues aparece reportado de manera independiente, por ser el primero del decenio según la periodización de la Oficina de Servicios Migratorios. Por otra parte, el término «asiáticos» utilizado por las autoridades migratorias se refiere a todas las personas provenientes de Asia, incluyendo el Cercano Oriente, de manera que difiere de las definiciones para las razas que maneja la Oficina del Censo. En el caso de los americanos, se refiere a todos los provenientes del resto del continente, cifra de la cual hemos excluido a los llegados desde Canadá. Esto último responde al objetivo de esta parte de nuestro estudio, que no se refiere solamente al volumen bruto de inmigrantes legales, sino a la composición de esa masa, dadas las diferencias existentes entre los distintos grupos, las cuales se reflejan en la composición de la población general y en la dinámica de la interacción entre los distintos grupos étnicos.

Al analizar la información, podemos apreciar inmediatamente el brusco incremento de la participación de centro y suramericanos –incluyendo a los mexicanos– desde los años cuarenta. La tendencia al decrecimiento relativo de la inmigración europea tuvo un intervalo de ligero cambio de signo en la década del noventa. Este cambio temporal fue impulsado por la afluencia de europeos del Este, sobre todo rusos y polacos, después del colapso del socialismo eurosoviético.¹⁵ Obviamente, la combinación de estos flujos con las tasas de reproducción de las comunidades residentes, sobre todo entre los latinoamericanos, constituye el principal motor del crecimiento demográfico de Estados Unidos durante las últimas décadas.

El comportamiento de estas estadísticas tiene serias implicaciones, pues significa que a partir de la segunda mitad del siglo XX se ha incorporado una gran masa de población nueva con referentes culturales diferentes a los considerados tradicionales para Estados Unidos. En particular, se evidencia el ingreso de millones de latinoamericanos anualmente, sin incluir en esta cifra a millones de trabajadores estacionales e inmigrantes en situación ilegal.

Se trata a todas luces de un fenómeno de importancia creciente para Estados Unidos, con toda su carga de contradicciones y conflictos. Evidentemente, el aumento de inmigrantes es necesaria para Estados Unidos, a partir de los indicadores demográficos de su población autóctona. El núcleo WASP tiene una evidente tendencia al envejecimiento, el cual impulsa el de la población general. Si el censo de 1980 reportó un 11,3 % de personas con 65 años o más, el de 2010 fijó esta cifra en el 13 %. Por el contrario, los menores de 15 años pasaron de ser un 22,6 % en 1980 a un 19,8 % en 2010. Como resultado, la mediana¹⁶ de la edad de la población total pasó de 30 años a 37,2 años en ese mismo período. Todo ello a pesar de la incorporación de decenas de millones de inmigrantes, en su gran mayoría jóvenes.¹⁷

Esto se traduce en una creciente presencia de extranjeros en la fuerza de trabajo. En 1970, la proporción de extranjeros había tocado un mínimo histórico, con un 5,2 %. A partir de entonces, el crecimiento ha sido acelerado y sostenido, tanto en términos absolutos como relativos. En 2007 se estimaba ya en un 15,6 %, es decir, había triplicado su porcentaje en menos de 40 años.¹⁸ De manera que la presencia de extranjeros es necesaria por diversas razones, y es además funcional al sistema. No tiene por qué existir, y generalmente no existe, una correspondencia estricta entre los empleos disponibles y la importación –intencional o no– de mano de obra. Una sobreoferta de fuerza de trabajo, especialmente de aquella condicionada por su estatus legal y las necesidades de su entorno familiar, contribuye a presionar la baja a los salarios en diversos tipos de actividades, especialmente las de bajo nivel de calificación. Para completar esa funcionalidad, ofrece un blanco fácil para cualquier movimiento de los sectores trabajadores que acumulen niveles elevados de descontento con su situación, especialmente salarial; con esto dota al sistema de una especie de válvula de seguridad.

La significación de la inmigración para Estados Unidos se hace más clara si aplicamos algunos conceptos utilizados en los estudios migratorios, particularmente los de red migratoria y comunidad transnacional. La constitución de redes migratorias permite la existencia de una serie de canales no formales estables para la estructuración de los flujos migratorios, que atrae constantemente a nuevas masas de población. Esto viene a reforzar las tendencias que hemos ido describiendo, en particular en lo que concierne a los totales de nuevos inmigrantes y la distribución geográfica de sus asentamientos preferenciales. Por su parte, comunidades transnacionales, para el tipo de comunidad de la que estamos hablando, es un término algo inexacto, pues serían más bien comunidades transfronterizas. Su existencia, reforzada por el desarrollo de los medios de comunicación y los sistemas de circulación de personas y recursos, permite el mantenimiento de vínculos directos y estrechos entre las comunidades de los países emisores y sus miembros radicados en el extranjero, en este caso en la Unión Americana.¹⁹ Esto tiene implicaciones sobre las identidades de esos grupos, sobre los movimientos de remesas y otros recursos, y para la construcción de imaginarios en ambos polos de la relación. De ahí que para los políticos estadounidenses este se haya convertido paulatinamente en uno de los temas más importantes de sus agendas, no solo a nivel federal, sino también en los Estados y a nivel local.

El impacto electoral del crecimiento de la población latina

Los resultados de la elección presidencial de 2012 demostraron que con la correlación de fuerzas imperante en los comienzos del siglo XXI, teniendo en cuenta las tendencias evolutivas del sistema y las peculiaridades sociodemográficas del país, la clave para las futuras campañas se aleja de la categoría étnica mayoritaria. La distribución final de los votos deja claro varias cuestiones. En primer lugar, la población blanca no hispana está lo suficientemente dividida en sus preferencias políticas y su comportamiento electoral como para que no pueda pensarse en un bloque monolítico a favor de uno u otro de los candidatos y partidos. En ese sector de la población predominan los efectos de su composición clasista, las ideologías imperantes, las lealtades

tradicionales, las identidades locales y seccionales, y otros factores no necesariamente etno-raciales.

Esto deja la clave de la elección en las minorías étnicas, las cuales sumadas representan un segmento considerable del electorado, que tiene la capacidad de decidir en esas condiciones de división del voto blanco. La población negra es abrumadoramente prodemócrata, y por sus características e historia resulta muy difícil para los republicanos atraerla. Desde 1964 al menos, para los republicanos está claro que no podrán obtener más un 10 %-20 % del voto negro en la contienda presidencial. Por demás, si bien este sector de la población sigue creciendo en términos absolutos y relativos, este es un proceso lento, que reduce sus potencialidades futuras, al menos durante el próximo medio siglo. Los asiáticos son todavía una parte demasiado pequeña de la población total, además de ser también marcadamente prodemócratas. Las proyecciones indican que la proporción de asiáticos dentro de la población estadounidense se incrementará de manera considerable en las próximas décadas, pero los cálculos más recientes y su distribución geográfica llevan a pensar que no deben convertirse en un factor decisivo.

Eso deja la atención concentrada en la mayor de las minorías: los hispanos. Como veíamos antes, las diversas comunidades incluidas bajo esta denominación se prevé conformen el sector más dinámico de la población total del país. Esto viene acompañado por la llegada de las generaciones más jóvenes, nacidas en Estados Unidos, a los 18 años, edad mínima para votar, así como por la paulatina legalización y naturalización de una parte de los inmigrantes. El resultado de esos dos procesos es que no solo aumentará el número y la proporción de hispanos en general, sino que crecerá de manera muy notable su peso específico en los procesos electorales, en la medida en que accedan a la ciudadanía y cumplan los trámites para registrarse como electores.

En las elecciones presidenciales de 2012 se hizo evidente que el comportamiento electoral de esa franja de población es ya capaz de inclinar la balanza en uno u otro sentido. Según un sondeo a boca de urna del Pew Hispanic Center, publicado al día siguiente de los comicios, los hispanos representaron el 10 % de los votantes efectivos. Según ese mismo estudio, el 71 % de los votos de ese sector poblacional fueron para el candidato demócrata y el 27 % para el republicano.²⁰ Por tanto, podemos calcular fácilmente que el aporte neto de esos electores al resultado final fue 4,4 puntos para el presidente en ejercicio. Si recordamos que la diferencia final fue de apenas 2,6 puntos,²¹ está claro que, si excluimos esa masa de votos, Romney logró un mayor apoyo de la suma de las restantes comunidades étnicas. Por tanto, aparece como un factor decisivo en la campaña electoral presidencial.

Las cifras correspondientes al total de potenciales votantes hispanos y de votantes reales han tendido a crecer de manera sostenida y relativamente rápida durante años. En valores absolutos, ambas se han triplicado con creces entre 1988 y 2012, tendencia que puede apreciarse en la figura 3.

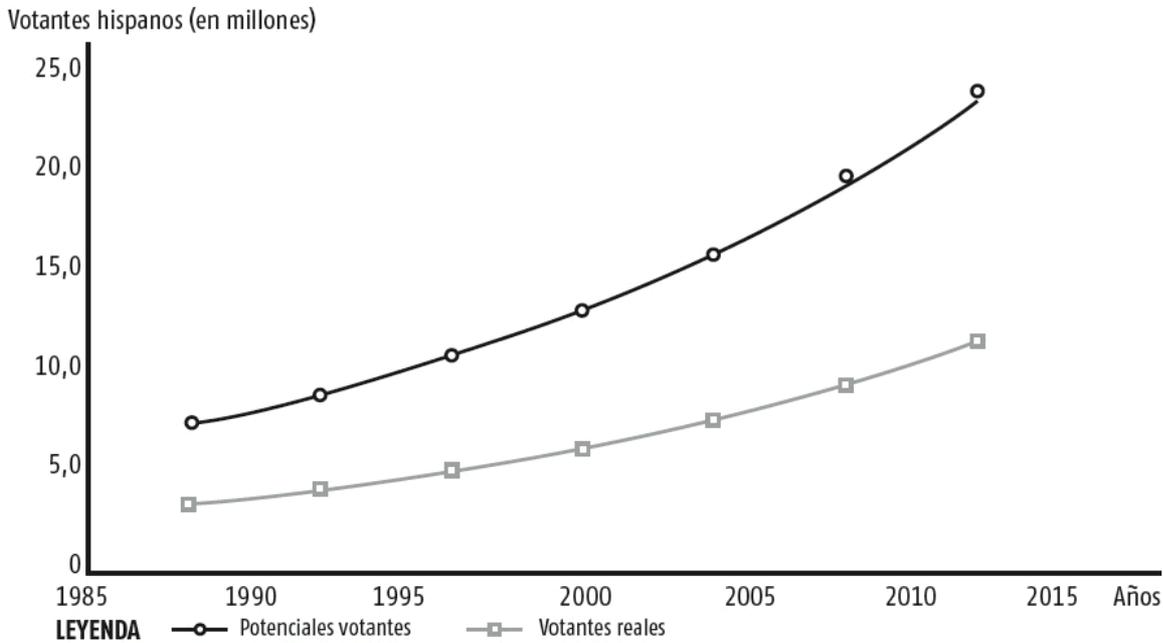


Figura 3. Hispanos en la población electoral (en millones).

Fuente: Elaborado por los autores a partir de «An Awakened Giant: The Hispanic Electorate Is Likely to Double by 2030».

Este crecimiento debe mantenerse e incluso acelerarse, sobre todo si tenemos en cuenta la gran proporción de jóvenes entre la población latina, la cual fue estimada en 17,6 millones menores de 18 años en 2012, de los cuales el 93 % son nacidos en Estados Unidos. Esto significa que estamos ante una masa de futuros electores potenciales, que podrían incorporarse a la población electoral en los próximos años. Se pronostica que hacia 2030 los hispanos aportarán hasta el 40 % del incremento total del electorado potencial.²² Es decir, el crecimiento del que hablábamos puede hacerse aún mayor en los años venideros.

Ya por sí solos, estos números sustentan la tesis de la importancia de los hispanos dentro del sistema electoral estadounidense. Pero la elección presidencial no se decide por los acumulados nacionales de votos populares, sino por la cantidad de compromisarios ganados en los Estados. De ahí que la observación del peso específico de estos electores en algunos Estados sea aún más clarificadora.

Aunque los hispanos están presentes en todos los Estados, se concentran preferentemente en un número de ellos, dentro de los cuales se encuentran varios de los de más rápido crecimiento poblacional. Pero más importante para el tema que nos ocupa es su peso específico en la población electoral, y más estrictamente hablando, entre aquellos que realmente votan. De acuerdo con las cifras que hemos manejado hasta aquí, existe una diferencia notable entre la participación de los hispanos en la masa de los electores potenciales y su proporción dentro de la población total. Las razones para esa diferencia están claramente relacionadas con su estatus legal, las edades y otros factores limitantes.

La mayor presencia electoral hispana, proporcionalmente, la encontramos en New Mexico, donde eran el 37 % del electorado. Dentro de esa gran cifra, el 64 % favoreció a Obama, mientras que un 29 % votó por Romney.²³ La diferencia final entre vencedor y perdedor en ese Estado fue de 9,9 puntos, de manera que esa diferencia entre los hispanos de 35 puntos a favor de Obama, equivalente al 13,7 % de los votos, fue más que suficiente para definir el estado. Los blancos no hispanos se inclinaron por el candidato republicano en un 56 %-40 %.

El segundo puesto fue para Arizona, con el 18 %. Ese Estado fue ganado por Romney con un

margen de 10,6 puntos. Ello, a pesar de que el voto latino favoreció a Obama 74 % a 25 %, es decir, con una diferencia de 49 puntos porcentuales, que equivalió al 8,82 % del total de votantes. Pero esa marca fue insuficiente, teniendo en cuenta que la población blanca votó por Romney en un 66 % y solo un 32 % lo hizo por el presidente demócrata. Arizona tiene una historia reciente de fuertes luchas políticas en torno al problema migratorio. En ella se produjo la promoción de una ley migratoria estadual de carácter muy restrictivo, la cual fue finalmente anulada por la Corte Suprema, pero que sin dudas marcó un punto climático en el desarrollo de ese tema en el territorio.

Los tres que siguen en esa lista son *swing states*. En el primero de ellos, Nevada (18 %), Obama se impuso por solo 6,6 puntos. Los hispanos favorecieron al candidato demócrata en un 70 %, mientras que un 25 % se inclinó por el bando republicano. Los 45 puntos de ventaja entre los latinos equivalieron al 8,1 % de los votantes reales, otra vez por encima del margen total final. Aquí encontramos una población blanca más dividida en sus preferencias políticas, con un 57 %-41 % a favor de Romney.

Florida, el más grande de los Estados pendulares, fue ganado por Obama con un margen de apenas 0,9 puntos. En ese territorio los latinos fueron el 17 % de los votantes. De ellos el 60 % apoyó al presidente, mientras que el 39 % se inclinó por el candidato republicano; fue uno de los territorios en los que mayor división hubo. Esos 21 puntos de diferencia entre los hispanos equivalieron al 3,57 % de los votos totales, muy por encima del margen global del Estado. La suma de los restantes votantes —entre los que los blancos favorecieron a Romney 61 % a 37 % y los negros a Obama 9 % a 4 %— fue favorable para el aspirante republican⁴.

En Colorado, con un 14 % de votantes hispanos, la diferencia final fue de 4,7 puntos, con un 75 % por Obama y un 23 % por Romney. Por otro lado, la población blanca se decantó por el candidato republicano en un 54 %-44 %. La diferencia obtenida por el presidente demócrata entre los latinos representó el 7,28 % de los votos escrutados en ese estado, nuevamente por encima del margen final en la votación.

De esta manera, podemos decir que en al menos cuatro Estados pendulares (Florida, Colorado, Nevada y New Mexico) el voto latino fue decisivo. De más está decir que en todos ellos el voto negro favoreció abrumadoramente a Obama y el blanco a Romney; como resultado, el voto no hispano se decantó por el candidato republicano. Así, la franja hispana terminó por inclinar la balanza a favor del presidente en ejercicio. La excepción, Arizona, fue donde más ampliamente predominó Romney entre los blancos, lo que hace imposible cambiar la tendencia.

En este breve listado solo están los Estados con un mayor porcentaje de votantes hispanos, de los cuales tenemos información fiable. No obstante, los votantes latinos hicieron considerables aportes en otros escenarios, en ocasiones decisivos. Entre los Estados con un más elevado porcentaje de votantes latinos no figuran California y Texas, los de mayores números absolutos y situados entre los primeros por la proporción de habitantes hispanos. Si bien en todas partes se encuentran subrepresentados de acuerdo con la dinámica demográfica general, en esos territorios su impacto electoral estuvo muy por debajo de los que una primera observación llevaría a esperar.

Esto significa, entre otras cuestiones, que el papel más activo lo desempeñan en esos Estados los ciudadanos pertenecientes a otras comunidades étnicas, lo cual indica una baja participación de los latinos. Lo cierto es que en ambos la razón entre los votantes reales y la población total —para esta última tomamos la cifra del censo 2010,²⁵ es decir, por debajo del real de 2012— era baja, con 0,266 y 0,317 respectivamente, muy inferiores al promedio nacional, que fue 0,396.

Esto puede deberse a muchos factores: alto nivel de ilegalidad, bajos niveles de registro entre los que ya son ciudadanos, apatía, falta de información y otros. Entre ellos parece posible incluir un efecto

desmovilizador provocado por la seguridad del resultado. Efectivamente, en ambos casos se trata de los principales *solid states* de cada uno de los partidos mayores, donde nadie tiene dudas sobre su éxito. Esta clase de certezas tiende por lo común a hacer que no pocas personas prefieran dedicar su tiempo a otra actividad, en lugar de acudir a una votación que se supone decidida de antemano. Aun así, en California fueron un factor clave, pues en ese territorio los blancos no hispanos favorecieron a Romney en un 54 %-44 %, mientras que los hispanos favorecieron a Obama en un 70 %-28 %. Habría que considerar también el papel de los asiáticos, que aquí sí tienen una presencia importante. Como tendencia general, se inclinaron por el presidente demócrata en un 73 %, por un 26 % que apoyó al candidato republicano.

En otros Estados pendulares su peso global es menor, como es el caso de Virginia (5 %), Ohio (3 %), North Carolina (4 %) y Wisconsin (4 %). Pero si consideramos las diferencias conseguidas por los vencedores en cada uno de ellos, un número pequeño de votos puede resultar mucho más importante e incluso llegar a ser decisivo a nivel nacional –recordemos a Florida en el año 2000–. En todos ellos los hispanos favorecieron a Obama, aunque en Ohio fue por un margen relativamente reducido, en comparación con el resto (11 puntos).

Como resulta evidente, el tema hispano tiene una incuestionable y creciente importancia, dado el impacto de la masa de votantes pertenecientes a esa comunidad y su comportamiento en los comicios presidenciales. Para una visión más completa habría que desarrollar un estudio de su actuación en otras convocatorias, en las cuales las condiciones varían y los resultados tienden a distanciarse de los que hemos analizado hasta aquí.

En esos futuros estudios habría que incluir otros factores, pues los hispanos no forman un bloque homogéneo. Además de las diferencias nacionales, existen otros factores que generan una demografía compleja y que introducen condicionantes adicionales en la decisión del voto. Por ejemplo, las diferencias de clase. Este es un punto difícil de desarrollar con la información disponible actualmente, pues comúnmente solo se manejan los niveles de ingresos. Aún en esas condiciones se puede establecer una relación inversa entre el nivel de ingresos y el apoyo a Obama registrado en las elecciones de 2012, con un 82 % entre los de menos de 50 000 dólares anuales, por un 59 % entre los que superaban esa cifra. Algo similar puede establecerse para los grupos étnicos, entre los que el apoyo al presidente reelecto fue desde un 74 % entre los menores de 30 años hasta un 65 % entre los de 65 y más. Finalmente, hay un comportamiento parecido si atendemos a los niveles de educación, con un 75 % entre los que no tienen título universitario y un 62 % entre los graduados de ese nivel.

Obviamente, el factor que más diferencias introduce es el nivel de ingresos o, más ampliamente, la condición social. Los resultados relacionados con la educación o la edad tienen vínculos con este de manera directa, teniendo en cuenta la relación entre capacitación, posibilidades de acceso a la educación superior e ingresos, por ejemplo. Además, la población hispana tiene algunos de los peores indicadores en materia económica y educativa, y es la más joven de todo el país (27 años de edad promedio). De la interacción entre esos rasgos resulta el comportamiento electoral de esa comunidad.

Balances y proyecciones

Los resultados electorales obtenidos en los distintos estados fueron una combinación de múltiples factores, entre los que destacan las preferencias de los distintos sectores sociodemográficos. En ese contexto, los latinos integraron en su mayoría la base social del presidente reelecto. De hecho, su participación resultó decisiva, con lo cual su valor político se ha incrementado notablemente. Ello se hace todavía más marcado porque, como decíamos antes, la población latina tiende a crecer en

términos absolutos y relativos en todos los Estados.

Estos comportamientos han llevado a una parte no despreciable de la academia, los medios y los políticos a considerar a esta comunidad, y más ampliamente a la problemática demográfica, como la clave del desarrollo actual y futuro del sistema político estadounidense. Este es un criterio que nos parece extremo y algo unilateral, dada la complejidad y multidimensionalidad de ese sistema político y su desarrollo. No obstante, se trata sin dudas de un factor muy importante, que ocupa una posición central dentro de los procesos estructurales que se desarrollan al interior de la cultura estadounidense.

Como resultado, los hispanos se han convertido en un objetivo clave para ambos partidos principales. Esto es especialmente significativo en el caso de los republicanos, quienes son actualmente más remisos a aceptar la inmigración y a facilitar la inserción de las minorías en pie de igualdad en el conjunto de la estructura social. Pero su discurso más reciente, y en particular algunas acciones concretas, demuestran que esto es una realidad. Entre los publicistas republicanos se maneja la concepción de que los latinos son socialmente conservadores, dados sus patrones familiares, su religiosidad y sus tradiciones en general. Por tal motivo, consideran, deberían ser sus aliados naturales.

A pesar de ello, la historia demuestra una marcada preferencia de esas comunidades por los demócratas, lo cual se asocia con elevados niveles de desconfianza con respecto a la actitud de los republicanos hacia algunos de sus intereses fundamentales. No obstante, el GOP²⁶ cuenta con una base de apoyo dentro de una de las comunidades más importantes: los cubanoamericanos. De ella proviene un grupo de figuras insertadas en el *establishment* republicano que sirven de cantera para futuras carreras electorales. Decimos esto porque uno de los medios para atraer el voto hispano podría ser la promoción de candidatos hispanos. Los cubanoamericanos tienen una dificultad importante, pues su condición legal particular tiende a ser vista como un privilegio por otros latinos, lo cual genera fricciones y descontentos. Un cálculo elemental indica que, a falta de algún cambio brusco e inesperado, siguen siendo el único sector hispano cercano a las élites republicanas.

La mayor publicidad la recibió, incluso desde antes de las elecciones presidenciales, el senador cubanoamericano por Florida Marco Rubio. Este es un joven político vinculado al Tea Party, que fue interno en la oficina de la representante también cubanoamericana Ileana Ross-Lethinen. Después de los comicios apareció como una nueva estrella ascendente dentro del Partido Republicano. Y muy importante: al ser nacido en Estados Unidos, puede presentarse sin problemas para todos los cargos. Su nombre se barajó entre los posibles candidatos a la vicepresidencia en 2012 y se maneja como un posible candidato presidencial para 2016. Además, Rubio fue la primera figura de calibre del GOP en aparecer públicamente en las cadenas nacionales de televisión después de las elecciones y el discurso de concesión de Romney, al pronunciar un discurso en Iowa. Más tarde, fue el portavoz de los republicanos en su réplica al discurso del presidente Obama sobre el estado de la Unión de 2013. Su alocución fue pronunciada en inglés y español. Son gestos cargados de sentido.

Las razones y las acciones que hemos comentado apuntan hacia un cambio de la estrategia republicana, orientada a crearse una base entre los hispanos. En ese camino, un tema que puede ser utilizado por las distintas partes es sin dudas la inmigración y, más concretamente, la reforma de la legislación correspondiente. Esto entraña riesgos considerables, pues los sectores más conservadores, asociados al ala más a la derecha del partido, incluyen un importante componente antiinmigrante, que entraría en contradicción con los intereses de una gran parte de la población latina. A su vez, los demócratas intentarán mantener su apoyo en una parte de la población que crece

constantemente y que se sitúa en zonas estratégicas. Ello nos lleva a pensar en una lucha a mediano-largoplazo –en términos políticos– entre las principales élites políticas por el control de esa franja del electorado. Este debe convertirse en uno de los factores clave de la dinámica del sistema político estadounidense.

A su vez, los hispanos, más que una comunidad, conforman un agregado de comunidades nacionales con una amplia diversidad en la gran mayoría de sus indicadores, y, por tanto, con comportamientos también diversos. Además del conocido caso cubanoamericano, otras comunidades tienen rasgos específicos en términos de participación electoral, patrones de votación, ubicación geográfica, entre otros. Consideramos que la continuidad de la investigación en este sentido ampliará el conocimiento y la capacidad de explicar el funcionamiento del complejo sistema político estadounidense.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- «2012 National Population Projections», U. S. Census Bureau, en <<http://www.census.gov/population/projections/data/national/2012.html>> [28/3/2013].
- «An Awakened Giant: The Hispanic Electorate Is Likely to Double by 2030», Pew Hispanic Center, 2012, en <<http://www.pewhispanic.org/2012/11/14/an-awakened-giant-the-hispanic-electorate-is-likely-to-double-by-2030/>> [7/11/2012].
- ECKSTEIN, SUSAN: *The Immigrant Divide. How Cuban Americans Changed the U. S. and their Homeland*, Routledge, London and New York, 2009.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, ELDA y ASUNCIÓN MERINO HERNANDO: *Las migraciones internacionales*, Dastin, Madrid.
- KENNEDY, PAUL y VICTOR ROUDOMETOF (eds.): *Communities Across Borders. New Immigrants and Transnational Cultures*, Routledge, London and New York, 2002.
- «Latino Voters in the 2010 Elections», Pew Hispanic Center, 2012, en <<http://www.pewhispanic.org/2010/11/03/the-latino-vote-in-the-2010-elections/>> [7/11/2012].
- «Population Distribution and Change», U. S. Census Bureau, en <<http://www.census.gov/prod/cen2010/briefs/c2010br-01.pdf>> [20/6/2012].
- PORTES, ALEJANDRO y RUBÉN G. RUMBAUT: *Immigrant America. A Portrait*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles and London, 2006.
- PORTES, ALEJANDRO y RUBÉN G. RUMBAUT: *Legacies. The Story of the Immigrant Second Generation*, University Of California Press, Berkeley, Los Angeles and London, 2001.
- «Presidential Elections Data», *The American Presidency Project*, en <<http://www.presidency.ucsb.edu/elections.php>> [16/11/2012].
- «Race», U. S. Census Bureau, en <<http://factfinder2.census.gov>> [16/10/2012].
- «Statistical Abstract of the United States 2012», U. S. Census Bureau, 2012, en <<http://www.census.gov/compendia/statab/2012edition.html>> [10/3/2013].

«The Foreign-Born Labor Force in the United States: 2007», U. S. Census Bureau, 2007, en <<http://www.census.gov/prod/2009pubs/acs-10.pdf>> [23/5/2012].

«The Hispanic Population: 2010», U. S. Census Bureau, en <<http://www.census.gov/prod/cen2010/briefs/c2010br-04.pdf>> [20/6/2012].

«The White Population: 2010», U. S. Census Bureau, en <<http://www.census.gov/prod/cen2010/briefs/c2010br-05.pdf>> [20/6/2012].

Yearbook of Immigration Statistics: 2011, U. S. Department of Homeland Security, Office of Immigration Statistics, Washington D. C., 2012.

RECIBIDO: 19/04/2014

ACEPTADO: 16/05/2014

1. Centro de Estudios Hemisféricos y Sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana, Cuba. Correo electrónico: ernestodl@cehseu.uh.cu
2. Centro de Estudios Hemisféricos y Sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana, Cuba. Correo electrónico: carlitos4@cehseu.uh.cu
3. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), Cuba. Correo electrónico: seida@cips.cu

NOTAS ACLARATORIAS

1. Cfr. «Race».
2. Ídem. Teniendo en cuenta estas peculiaridades, utilizaremos hispano y latino como intercambiables. Así los tratan las instituciones oficiales estadounidenses, por lo que mucha de la información disponible no puede ser desglosada para separar a los ibéricos de los latinoamericanos.
3. Cfr. «The White Population: 2010».

4. Cfr. «Population Distribution and Change».
5. Cfr. «The White Population: 2010».
6. Cfr. «The Hispanic Population: 2010».
7. Ídem.
8. Cfr. «The White Population: 2010».
9. Cfr. «The Hispanic Population: 2010».
10. El sistema electoral estadounidense incluye una elección presidencial cada cuatro años de tipo indirecta. En cada uno de los estados, como resultado de la votación popular, se elige un colegio electoral. La composición de cada colegio electoral es un número igual a la suma de representantes y senadores federales que tiene cada estado. Los puestos en los colegios se asignan siguiendo el principio de que el ganador se lleva todos los escaños sin importar la diferencia. El ganador de las elecciones presidenciales es el que gane un mayor número de votos electorales, por lo que el voto popular queda distorsionado siempre en algún grado. El número de senadores es dos por cada estado, sin importar las dimensiones de cada población, mientras que el de representantes se reajusta con cada censo, pues el total fijo de 435 se distribuye, de acuerdo con la correlación entre las poblaciones de los estados, con la condición de que cada uno de estos últimos debe tener al menos un representante. En esta distribución se toman en cuenta los habitantes censados, no el número de ciudadanos.
11. Del inglés *swing states*, así se conoce a los estados que en un ejercicio electoral pueden ser ganados por cualquiera de los principales candidatos, a diferencia de los estados sólidos (*solid states*), que se inclinan clara e irreversiblemente por uno de ellos. También se les conoce como estados púrpuras (*purple states*), estados campos de batalla (*battleground states*) o estados abiertos (*open states*).
12. Cfr. «2012 National Population Projections».
13. Cfr. Elda González Martínez y Asunción Merino Hernando: *Las migraciones internacionales*, p. 15.
14. Cfr. *Yearbook of Immigration Statistics: 2011*, pp. 6-11.
15. Ídem.
16. La mediana se define como el valor que se encuentra en el justo centro de una población estadística, con una mitad de los componentes por encima y la otra mitad por debajo.
17. Cfr. «Statistical Abstract of the United States: 2012».
18. Cfr. «The Foreign-Born Labor Force in the United States: 2007».
19. Un texto de interés sobre esta temática es de Paul Kennedy y Victor Roudometof (eds.): *Communities Across Borders. New Immigrants and Transnational Cultures*.
20. Cfr. «Latino Voters in the 2012 Elections».

21. Cfr. «Presidential Elections Data».
22. Cfr. «An Awakened Giant: The Hispanic Electorate Is Likely to Double by 2030».
23. Los datos que manejamos en los párrafos siguientes provienen de dos fuentes fundamentales: «Latino Voters in the 2012 Elections» y «Presidential Elections Data».
24. Son muy conocidas las peculiaridades de Florida, dadas mayormente por la presencia de una poderosa comunidad cubanoamericana, cuyos patrones de votación, entre otros aspectos, difieren notablemente de las de otros grupos hispanos. Sin embargo, el crecimiento demográfico de los latinos en ese Estado ha sido impulsado por otras nacionalidades, como los puertorriqueños, asentados mayormente en Florida central. Además, el comportamiento electoral de los cubanoamericanos está dando muestras de variar, con un desplazamiento de una masa importante de votos hacia los demócratas, asociado con la incorporación de nuevos electores nacidos en Estados Unidos o provenientes de la inmigración más reciente. Cfr. «Latino Voters in the 2012 Elections» y «The Hispanic Population: 2010».
25. Cfr. «Population Distribution and Change».
26. *Grand Old Party*, denominación semioficial para el Partido Republicano, surgida a raíz de sus éxitos en el entorno de la Guerra de Secesión y la posterior Reconstrucción.